DESPUÉS DEL INDIVIDUALISMO Y DEL POPULISMO: LA FUERZA CENTRAL DE LA HUMANIZACIÓN SOCIAL.

JUAN IRARRÁZAVAL COVARRUBIAS *

En tiempos de postpandemia,fin de la ilusión monetaria, invasiones militares y ralentización económica,de cara al futuro más próximo,parece que la mayoría de las democracias de mercado del mundo occidental enfrenta combinaciones explosivas.

En vez de simples turbulencias sociales, cuya posibilidad de superación permitiera visualizar un reordenamiento social,la situación podría caracterizarse como una fragmentación sistémica y social grave. Se hace muy difícil recomponer como un conjunto las partes de la sociedad(la economía,la política, la sociedad civil, la cultura) y a la vez revincular socialmente a las personas de un modo pacífico y duradero.

Estrucuralmente, la nueva situación parece incluir lo siguiente: inseguridad ciudadana, violencia civil, alta inflación con creciente estancamiento económico, precariedad en el empleo, los ingresos y las pensiones, postergación o cierre de emprendimientos e inversiones, reducción general de la capacidad de gasto y consumo, desbordes migratorios, y presiones sociales por mayores ayudas estatales enfrentadas a límites objetivos de gasto y endeudamiento público y de captación de ingresos tributarios.

Cultural y valóricamente, resalta el debilitamiento de las instituciones responsables, que dificulta el acceso a la cultura y la formación valórica, las que son sustituídas por monopolios tecnológicos y de redes sociales. En el plano de los individuos, los ímpetus de autosatisfacción y otras prioridades personales comienzan a ser desplazados por el temor y el imperativo de mantenerse a salvo, en medio de una creciente desvinculación intersubjetiva, una reflexivi-

* Doctor en Filosofía en la Universidad de Navarra, España. Doctor en Derecho. Master of Arts en el Departamento de Política, Princeton University, Estados Unidos.

dad presentista, el expresivismo como actividad principal en el espacio público, un retorno al individualismo, y una reforzada brecha intergeneracional que se suma a la fragmentación social.

La explosividad de todo lo anterior es evidente, así como también el riesgo de daños mayores en la Humanidad. La deshumanización y crisis de integración social son problemas centrales de las sociedades contemporáneas en esta etapa histórica de mercado global, de relocalizaciones productivas, migraciones desbocadas y de avances prácticos y teóricos de la ciencia digital. Pueden ser atribuídas a un sistema social individualista, más o menos institucionalizado o regulado, y a una despersonalización de individuos que se encuentran muy restringidos en su crecimiento personal.

Humanizar el sistema social, en sus dimensiones económicas, políticas, de sociedad civil y de cultura, y facilitar la humanización de los sujetos, las personas y también los sujetos colectivos necesita tomar como punto de partida las condiciones de inicio del actual ciclo de mercado global y democratizaciones electorales, a partir de la caída del muro de Berlín y de los socialismos reales, y observar cómo éste ciclo ha evolucionado hasta la situación actual. Junto a los bienes económicos y tecnológicos desarrollados en los últimos treinta y tantos años, predomina una variedad de males relacionales, característicos de lo que denominaremos una sociedad individualista, con predominio absoluto del sujeto, de los subjetivismos e identitarismos radicalizados, lo que el sociólogo francés Alan Touraine llama, a su manera, como "el fin de lo social".

Las condiciones de inicio, o primera fase de este ciclo global, experimentaron hacia una década y media después del tiempo de comienzo, dos elementos nuevos, que explican una mayor fragmentación sistémica (entre los subsistemas de la sociedad, sus instituciones y lógicas particulares), con otros efectos al interior de las sociedades occidentales.

El primero de ellos es la radicalización de la diferenciación funcional del sistema social, que da lugar a espacios sistémicos autorreferentes, a veces autorregulados en la economía. En la política, en la sociedad civil y en el sistema cultural. Ellos están internamente vinculados, pero no hay una articulación suprafuncional que vincule todo el sistema social respetando las especificidades de cada sector.

El segundo elemento nuevo es el de una monetarización invasiva en diversas

áreas no económicas del sistema social. Su versión teórica más extrema es la sociedad de mercado de von Hayek y Friedman, criticada por el historiador económico Karl Polanyi, pero en la realidad tiende a materializarse en versiones más atenuadas o mixtas como los duopolios mercantiles regulatorios caracterizados por el sociólogo italiano Pierpaolo Donati.

Estos dos elementos nuevos generan cambios al interior de los espacios sistémicos autorreferentes. Desde una sana y reglada internacionalización económica, a la hiperglobalización masiva con relocalizaciones productivas e inmigraciones desbocadas, que afectan derechos laborales, medio ambiente, derechos humanos y desarrollos productivos más autónomos. Desde la expansión universal de la forma estructural de economías de mercado, a su ralentización productiva en diversas regiones del mundo, y a su financierización extrema con menor equidad social. Desde las democracias representativas que conservan o construyen Estados de Derecho, a democracias débiles o híbridas,de redes sociales y presiones extra institucionales, con erosión de la normatividad social. Desde sociedades civiles como pilares sistémicos, con clases medias sólidas y formas asociativas autónomas y generadoras de capital social, a sociedades civiles precarizadas y desinstitucionalizadas. Y desde la diversidad cultural a la radicalización de la racionalidad tecnológica, de la cultura audiovisual, y de los individualismos y soberanías identitarias,con negación de la naturaleza humana común y de las identidades nacionales, religiosas, , educativas y familiares, entre otras.

Hacia fines de la primera década de este siglo XXI, comienza una segunda fase del ciclo global, que se proyecta hasta hoy: un tiempo de transición y fragmentación propiamente social. Se manifiesta, entre otros fenómenos, en la gran crisis financiera mundial del 2008 ,el paliativo de inundación monetaria mediante la acción concertada de gobiernos, bancos centrales y comerciales que reducen el costo del dinero prácticamente a cero en beneficio del consumismo y del endeudamiento público y privado sin límites, el explosivo aumento de déficits fiscales,los ajustes presupuestarios de gasto social, la ralentización productiva, y diversas secuelas sociales tales como el estancamiento de ingresos laborales y el mayor desempleo. En este período destaca una nueva transformación, que afecta a la agencia humana. Ésta, después de un período inicial de pasividad social ,evoluciona hacia una reflexividad individual y social más crítica,a veces fracturada,que es seguida por el expresivismo emocional, el activismo colectivo, y la interacción y movilización, en redes sociales y espacios públicos, particualrmente en las generaciones más jóve-

nes.

Los cambios contextuales a que se enfrentan éstos, como sujetos,individuales y colectivos, incluyen una crisis multisistémica generada por cuatro incompatibilidades entre partes autorreferentes del sistema social.

La primera incompatibilidad, entre una dimensión económica de hiperglobalización entendida como integración absoluta a un mercado global sin reglas ni costos de transacción y con migraciones desbocadas, por una parte; y, por otra ,una dimensión política de subsistemas democráticos de opinión pública y redes sociales que exigen políticas económicas productivas más autónomas, protección de fuentes laborales, y orden público interior.

La segunda incompatibilidad, entre los subsistemas políticos democráticos, por un lado, y, por el otro, la financierización extrema de las economías de mercado a partir de la crisis mundial del 2008 que incluyó altos grados de sobreendeudamiento inestabilidad, ralentización productiva, estancamiento en los ingresos de sectores laborales y pensionados, y concentración de ingresos.

La tercera incompatibilidad se genera entre sociedades civiles desinstitucionalizadas, con clases medias precarizadas, pero menos pasivas y con nuevos sujetos colectivos en formación, por un lado, y por el otro subsistemas políticos cuyas instituciones, operadores y mandatarios son cuestionados ampliamente en su representatividad, probidad y eficacia.

La cuarta incompatibilidad se manifiesta al interior del sistema cultural, donde se desarrollan partes relativamente incomunicadas, con valores diversos, que en vez de coexistir amistosamente, o al menos pacíficamente, se polarizan, chocan y excluyen recíprocamente. Algunos de éstos más enraizados en acervos culturales comunes, en identidades nacionales, educativas, religiosas y familiares; otros más materiales, de supervivencia económica, física o territorial ;por último las tendencias posmodernas que radicalizan la autoexpresión, el individualismo o las autonomías subjetivistas.

El resultado de esta suma de incompatibilidades es agregar a la fragmentación sistémica(entre partes institucionales),una alta fragmentación social entre las personas y sujetos sociales que habitan en los territorios de las democracias occidentales. Además de este resultado, en las personas se

generan “efectos ascendentes”, en su relación con el cambiante contexto estructural y cultural de la sociedad. Los cambios profundos ocurridos en la sociedad de individuos, mercados, sociedades civiles y democracias débiles están afectando la reflexividad y actitud social de muchos sujetos, especial pero no únicamente los más jóvenes ante las situaciones que enfrentan, generando incongruencia contextual.

La reflexividad más instrumental, que predomina en sociedades individualistas ,centrada en calcular costos y beneficios para cada uno en la organización de prioridades y proyectos de vida, necesita de marcos contextuales relativamente predecibles. Así ocurrió hasta fines de la primera década de este siglo. pero esto no funciona bien en contextos impredecibles, derivados de incompatibilidades y crisis sistémicas que afectan la estabilidad social. El contexto social comienza a temblar, las oportunidades tradicionales de empleo se estancan o decaen, el ambiente empieza a llenarse de incertidumbre, y crecen las manifestaciones sociales.

Especialmente las generaciones más jóvenes, en edad universitaria o en los comienzos de su vida laboral, comienzan a observar la incongruencia contextual respecto de sus principales valores y prioridades. Se les hace difícil integrarse a las organizaciones existentes en el mercado o en los sectores públicos; además, las mismas oportunidades de empleo, especialmente en emprendimientos y trabajos menos tradicionales y más innovadores, han disminuido. La disyuntiva de los sujetos frente al cambio contextual es o una adaptación instrumental cuando ello les resulta posible y aceptable según sus prioridades y calificaciones, o involucrarse en una reflexividad y acción más emprendedora o más crítica y transformadora, sea en el plano ocupacional o socio político.

El fuerte cambio contextual generado por la metacrisis estructural y cultural de la sociedad de individuos también ha producido efectos de fractura de personalidades y capacidades reflexivas, y en los planes de vida, de un sector importante de sujetos. Esto ocurre no sólo a aquélla parte de las nuevas generaciones a quienes se les hace difícil definir prioridades y proyectos vitales. También ocurre en los excluídos, los invisibles ,aquellos que terminan sin trabajar ni estudiar y que son campo de reclutamiento de la violencia social, la droga y las conductas solitarias.

Al cambio contextual iniciado por la crisis financiera y de demanda global del año 2008 y siguientes ,le siguieron los efectos recesivos asociados a la pande-

mia sanitaria y la consiguiente ralentización productiva, factores que son acompañados por un continuo deterioro de la legitimidad y orden público en las democracias representativas ,con sociedades civiles descontentas.

La ilusión meritocrática de la sociedad de individuos.

En esta fase avanzada de transición en el ciclo global, una especie de interregno de mayor interacción socio-cultural sobre continuidad, reformas o transformaciones sistémica para una fase siguiente, surge en primer lugar la clásica conclusión de "no hay alternativas a lo actual", aunque esté en metacrisis, y que lo único que cabe hacer es ofrecer reformas meritocráticas a la sociedad individualista.

La solución se encontraría en reformar esta última, encaminarla hacia un sistema de "libertad natural", en el cual los trabajos, carreras y posiciones estén "abiertos al talento". Es decir donde se atenúen los obstáculos que dificultan o impidan a los individuos alcanzar una determinada posición o status dentro de la sociedad actual. Esto es, corregir en parte las diferencias debidas a herencias económics y sociales incluyendo educación gratuita y de calidad y otros derechos sociales suministrados o garantizados por el Estado.

La oferta sistémica de individualismo meritocrático debe sin embargo hacerse cargo de varios problemas socio económicos, como ha explicado Branko Milanovic .Entre otros: el alto porcentaje del ingreso nacional atribuíble al capital en relación al trabajo, la alta concentración en la propiedad del capital, la coincidencia entre altos ingresos de capital y altos ingresos laborales, la transmisión de ingresos y patrimonios entre generaciones, el escepticismo respecto de la eficacia de la educación masiva gratuita donde se habría llegado prácticamente a un techo educacional desarticulado respecto de la estructura de trabajo productivo, los límites máximos de mayor tributación y altas transferencias fiscales en un contexto global de alta movilidad del capital y el trabajo, y las limitaciones evidentes de eficiencia y probidad del Estado en el gasto fiscal y social.

Pero la oferta sistémica del individualismo meritocrático no sólo debe hacerse cargo de estos problemas .También, como observa Michael Sandel, enfrenta fuertes cuestionamientos culturales y éticos. Las élites políticas y económicas de las sociedades individualistas, convertidas en blanco de críticas y protes-

tas, tienen dificultades para entender lo que ocurre. Se les atribuyen responsabilidades por haber creado condiciones que erosionan la dignidad de las personas y del trabajo, infundiendo en muchos una sensación de agravio e impotencia. A esto se suma la práctica burocrática o tecnocrática en la gestión pública. Por otra parte, es cuestionable el uso exclusivo del criterio meritocrático para definir ganadores y perdedores en mercados y sociedades desiguales. Especialmente cuando la mayoría de los que se consideran como perdedores percibe que los ganadores los desprecian, generando resentimiento.

La retórica de oportunidades del individualismo meritocrático asume que con acceso a la educación superior, eliminando barreras de discriminación, reciclando la formación técnica y funcional del trabajo, trabajando duro y cumpliendo las normas, sería posible para todos ascender hasta donde las aptitudes de cada uno puedan llevarlo. Pero la escalada de desigualdad observada en la reciente década y media de sociedad individualista no ha acelerado la movilidad ascendente, sino todo lo contrario, no es consistente con la realidad.

El individualismo meritocrático no ha convencido éticamente en cuanto a la proporcionalidad o justicia entre méritos o recompensas obtenidas, ni socialmente en cuanto fomenta la soberbia entre los ganadores y la percepción de indignidad y humillación entre los perdedores, que alimenta el descontento social. Ha fallado como proyecto social. El bien común lo concibe casi sólo en términos económicos, de ingresos y Producto Interno Bruto, más que en un sentido de solidaridad o profundización de los vínculos sociales. Así se va empobreciendo la deliberación y el discurso en los espacios públicos. Y se reconfiguran los términos del reconocimiento social, apreciándose en exceso el prestigio de algunos en desmedro de los aportes de la mayoría de las personas y de los estatus de éstas. Ello contribuye a un indignado y polarizado enfrentamiento social y político, aumentando la fragmentación social de la época actual. Conviene tomar más en serio el efecto corrosivo que el exceso de afán individual de éxito tienen sobre los vínculos sociales que constituyen la vida en común de las personas.

Las adversidades económicas de la postcrisis financiera, y de la posterior inundación monetaria,sobreendeudamiento y ralentización actual, no son el único motivo de angustia de las mayorías menos favorecidas en este interregno social. El daño más grave en la población que trabaja y que no pertenece a

las elites políticas circulantes ni a las elites económicas o culturales diversas, está en que la sociedad individualista ha erosionado la dignidad del trabajo y de la formación educacional, que no sólo son un modo de ganarse la vida o de capacitarse para ello sino también una fuente de reconocimiento y estima social. Aunque la disminución de poder adquisitivo ocurrida en la última década y media es importante, la herida que más enciende el rencor es aquélla que se inflige al estatus de la mayoría de las personas como sujetos productivos y también como potenciales generadores de bienes comunes, respecto de lo cual quieren deliberar públicamente y aportar, sin quedar reducidos a servicios o trabajos menos calificados o sólo parciales y a ser consumidores pasivos.

La sociedad individualista, concentrada exclusiva o principalmente en las realidades, promesas o espejismos de ascenso social, contribuye muy poco a cultivar los vínculos sociales y también los vínculos cívicos con la comunidad política que requiere una democracia presidida por el bien común. La sociedad individualista, sea o no meritocrática, no permite deliberar sobre metas y finalidades comunes. Falta en ella un sentido de pertenencia, un sentirse como miembros de una comunidad con la que se está en deuda. Falta en ella un sentido de comunidad suficientemente robusto como para que los ciudadanos puedan decir y creer que todos estamos juntos no sólo en tiempos de crisis sino también en la vida cotidiana. En la sociedad individualista ahora en crisis terminal, la combinación de una hiperglobalización impulsada por el mercado y la concepción meritocrática del éxito ha ido deshaciendo los lazos sociales y éticos. Las personas se consideran merecedoras exclusivas de la riqueza o precariedad del diferente estatus social o del grado de poder alcanzado, sólo en función de cómo el mercado y la maquinaria política premia o no sus talentos o esfuerzos, haciendo que la recuperación de vínculos sociales, es decir, el logro de una verdadera solidaridad con integración social en vez de la fragmentación actual, sea un proyecto casi imposible.

La reacción populista

En contraste con la sociedad individualista, en la última década y media han surgido a través del mundo alternativas de carácter populista, con distintas variantes que van desde el colectivismo radical al nacionalismo económico ,político o cultural. Sólo para citar algunos ejemplos. En Norteamérica surgió el trumpismo nacionalista, que alcanzó a gobernar cuatro años, intentó con-

servar con fraude y violencia el poder presidencial ,y que sigue intentando recuperar electoralmente el poder político .En América Latina emergió una ola de populismos de orientación colectivista, comenzando por Hugo Chávez en Venezuela luego transformado en dictadura, también Evo Morales en Bolivia, Rafael Correa en Ecuador, Daniel Ortega en Nicaragua-que siguió la ruta de Venezuela, los sectores más radicalizados asociados al kirchnerismo en Argentina, y el intento de transformar el estallido violento del 19 de Octubre del 2019 en Chile en un "Momento Populista" extra institucional.

Siguiendo la conceptualización politológica de Cas Muddle y Rovira Kaltwasser, el populismo adopta por lo común la forma de una ideología débil, para la cual la sociedad está en último término separada en dos campos homogéneos y antagónicos: el "pueblo puro" versus las "elites corruptas", y que sostiene que la política debería regir el conjunto de todo el sistema social y ser una expresión de la "voluntad general" de tal "pueblo puro". El concepto de este "pueblo puro" en el populismo es más bien una simplificación de la realidad, una construcción de un significante vacío de un modo que incluya diversos grupos identitarios indignados con demandas radicalizadas, maximalistas, que se trata de hacer equivalentes para intentar articularlas en una identidad compartida o común basada en uno o más enemigos comunes, las así definidas elites corruptas. Este ímpetu antielitista va asociado a una crítica hacia instituciones políticas, económicas, culturales y mediáticas, a quienes se acusa de distorsionar los vínculos más honestos entre los políticos populistas-poseedores de una supuesta superioridad moral y el "pueblo común". A éste último se le asigna la soberanía, no en el sentido de ser la fuente última del poder político, sino también de tener la hegemonía y la potestad de gobernar.

Pero el populismo no es incompatible con la representación política a través del sistema de partidos. La suma de capacidades para ganar votos y cargos de representación generalmente agrega más efectividad al populismo. Pero como advierte Pierre Rosanvallon, en la politología contemporánea es común que se considere al populismo como un peligro intrínseco para la democracia, que debiera ser enfrentado como una perversa inversión de los ideales y procedimientos de la democracia representativa. Particularmente grave es la posición populista de que las personas, grupos e instituciones no tienen derechos para restringir la regla de las mayorías, circunstanciales y cambiantes,

con lo cual las fuerzas populistas pueden terminar atacando a las minorías, la alternancia en el poder ,y erosionando las instituciones encargadas de proteger los derechos fundamentales, tales como el Poder Judicial y los medios de comunicación social.

Incluso, como ha ocurrido en América Latina,el populismo a veces intentar rigidizar su control político de la sociedad, pretendiendo forzar plebiscitariamente la aprobación de Constituciones autodenominadas como "transformadoras", pero que en realidad intentan reducir fuertemente la capacidad de las oposiciones para competir por el poder político contra gobiernos populistas y grupos identitarios radicalizados.

El populismo colectivista busca "federalizar" demandas identitarias que considera insatisfechas, dentro de la voluntad colectiva para construir el "nosotros" de este "pueblo puro" antielitista. Esto requiere establecer una cadena de equivalencias entre demandas maximalistas tan diversas como aquéllas de los endeudados, los estudiantes o egresados de carreras con diplomas minusvalorados, minorías indígenas, disidencias de género, feministas radicales, ambientalistas extremos, pensionados, clases medias precarizadas, inmigrantes ilegales ,y muchos otros. El objetivo de esta cadena de equivalencias es crear una nueva hegemonía sociocultural y política, que permita desplazar a las elites actuales por nuevas elites y líderes populistas, y también profundizar y radicalizar la politización a todas las áreas del sistema social.

En una primera etapa de expansión, el populismo utiliza el sufragio universal, acompañado de un constante ejercicio de referéndum y plebiscitos, como un instrumento para erosionar las instituciones republicanas, en especial la división de poderes del Estado y el Estado de Derecho. El objetivo final es que que el Estado exprese la voluntad general de este "nuevo pueblo", de modo unificado y compacto, sin minorías ni personas protegidas por reglas democráticas o jurídicas convencionales. El populismo instala además una profunda enemistad social entre los miembros del nuevo" campo popular" y el resto de la sociedad. La consecuencia es su liquidación o sojuzgamiento social, económico y político. A partir de esta base, el populismo cree que podrá lograr una transformación de la sociedad que permita reestablecer lazos quebrados dentro del pueblo, en el marco de lo que critica como una profunda crisis de representación de la actual sociedad democrática. El populismo, como ha señalado Josefina Araos, constata la actual crisis de vínculos de la sociedad

individualista y proclama una intención de recomposición social a través de nuevos nexos políticos, reaccionando de alguna manera equivocada al problema de la fragmentación social. Conduce a una idealización, ideológicamente débil e irreal, de este "pueblo puro" populista al que procura atribuir una hegemonía social que nunca concreta. Ernesto Laclau y Chantal Mouffé, mentores del populismo colectivista, hacen constructivismo social de un conjunto vacío al que llenan de gentes con demandas maximalistas muy diferentes, creadas equivalentes para enfrentar al adversario, el resto de la sociedad, y conquistar el poder para sí. La supuesta revinculación política populista está construida así mediante una agudización de la fragmentación social heredada de la sociedad individualista.

Como explica Carlos Hoevel, el remedio que propone la reacción populista no soluciona el problema de revinculación social en las sociedades democráticas, ni tampoco la necesidad de una mejor articulación sistémica entre Estado, mercado, sociedad civil y cultura. La reacción populista no es otra cosa que la captura del poder por un grupo que se atribuye la representación de in "pueblo antioligárquico" que desde una política radicalizada pretende colonizar estatalmente toda la sociedad e imponer una pretendida hegemonía socio-cultural. Como lo señalaron en su momento los obispos católicos latinoamericanos en la Conferencia de Aparecida celebrada en el año 2007, aunque el populismo puede tener un origen democrático, debido a su tendencia de regresión autoritaria puede convertirse fácilmente en una dictadura, traicionando los intereses del pueblo. De hecho, el grupo populista dirigente comúnmente se arroga de modo absoluto y permanente, la representatividad de todo el pueblo, cuando en realidad es sólo expresión de una parte acotada de este último que, aunque alcance transitoriamente el poder ,intenta perpetuarse en él. Al liquidar el sistema institucional de balances y contrapesos que pone las bases de la representación plural de diversos sectores de la sociedad, el populismo termina por generar régimen neopatrimonialista agravado, con el Estado y la sociedad capturados para beneficio excluyente de un grupo de poder.

De hecho, el populismo no abre el mercado y el Estado a la lógica de la sociedad civil, sino que instala un discurso político de reciprocidad cerrada entre sus partidarios y beneficiarios; con ello profundiza una lógica de clientelismo estatal, sin los límites de las formas republicano-democráticas del Estado de Derecho. Realiza un uso cada vez más discrecional de los recursos obtenidos

por el Estado, un uso desviado que pretende institucionalizar.

El populismo deriva en un régimen neopatrimonialista extremo, como lo demuestran los casos de Venezuela, Nicaragua y Bolivia con el evismo, con riqueza muy concentrada y una sociedad civil políticamente oprimida y económicamente empobrecida. Pero tal vez lo más negativo , para las necesidades de revinculación social, sea su definición adversarial extrema de la sociedad y su intención de forzar una integración cultural hegemónica. Todo ello conduce a acentuar la polarización y el exclusionismo social.

Una alternativa realista: la fuerza central de la humanización social.

Las clases políticas en las democracias occidentales, enclavadas en las instituciones del Estado y en los partidos políticos, suelen ser víctimas del presentismo y de políticas tácticas desprovistas de convicciones y objetivos sólidos, que sirvan de guía para la acción. Oscilan entre una administración pública de economías de mercado regidas por un duopolio mercantil-regulatorio, por un lado, y diversas formas de populismo, por el otro. Siempre procuran estar en sintonía con las redes sociales, los medios formales de comunicación social, y las encuestas de opinión, que expresan cambiantes estados de opinión, inmediatamente acogidos de un modo táctico, desconectando a la política de las convicciones.

La actual conjunción entre baja integración social y baja integración sistémica coloca a la mayoría de las sociedades democráticas de esta década del tercer milenio más allá de la disyuntiva entre ofertas meritocráticas al interior de sociedades individualistas, por un lado, o propuestas populistas de transformación social, de escasa densidad ideológica, cuyo desfonde en apoyo político e insolvencia económica es cada vez más rápido. La deshumanización y fragmentación social es demasiado profunda para cualquiera de esas dos opciones.

Pero como la reflexividad y acción humana, en personas y sujetos colectivos de la sociedad civil, no puede mantenerse pasiva de un modo permanente, menos aún en contextos de crisis multisistémica como los actuales, es razonable esperar desde la misma sociedad civil nuevas alternativas políticas, que encarnen una fuerza central de reformas democráticas, para humanizar las sociedades occidentales.

En la interacción socio cultural de comienzos de la tercera década de este milenio,es posible apuntar hacia transformaciones relacionales, humanizadoras, orientadas a generar bienes comunes a partir de la dignidad de todas las personas, en la economía de mercado, en la política democrática, en el Estado social de Derecho, en la sociedad civil autónoma, y en el sistema cultural.

En vez de la incompatibilidad que genera la hiperglobalización de un solo mercado autorregulado, la economía mundial y el desarrollo autónomo de las economías nacionales pueden ser complementarios, con respeto a nuevas reglas para una economía global sana y equitativa.

En vez de economías financierizadas y extractoras de valor, centradas sólo en rentabilidades de corto plazo y crecimientos agregados de producto interno bruto, el mercado puede ser orientado hacia generar más valor permanente crecimiento sustentable en el tiempo , asequible a todos-mediante la innovación productiva y el bienestar social. Puede y debe también ocuparse del desarrollo humano integral en sus tres dimensiones básicas: la buena relación con el medio ambiente-usando sistemas productivos y tecnologías correctas, con respeto a los límites ambientales del planeta-,la buena relación con el trabajo y la tecnología con prioridad del trabajo, buenos empleos con niveles de "clase media" y formas de participación empresarial, y las buenas relaciones interpersonales en la distribución de beneficios económicos y en acceso universal y de calidad a bienes y servicios básicos.

En vez de la desvinculación entre política y sociedad, la humanización de la política democrática exige, en primer lugar, una re-vinculación cívica entre las instituciones representativas del Estado de Derecho, la sociedad civil, y una abrumadora mayoría de las personas que en la actualidad han perdido la confianza y se encuentran distantes de ellas y de sus actores públicos. La compatibilidad necesaria entre democracia y sociedad civil no se consigue mediante nexos políticos populistas o autoritarios, sino a través de una institucionalización política legítima, adaptable, funcionalmente compleja, y con las autonomías propias de un sistema democrático .Por otra parte, el conflicto de ideas e intereses, siendo inherente a la política democrática, tiene que ir unido a la capacidad de mediar acuerdos razonables y soluciones pacíficas, por cuanto

la gobernabilidad es una condición exigida por la sociedad civil y por las per-

sonas a la política y a las autoridades, si se quiere obtener mayor solidaridad, una vinculación mejor entre sociedad y política, y un pluralismo menos polarizado y más racional ,que mejore la convivencia social. El objetivo superior de humanizar la política democrática no debiera ser expresión de una "versión delgada" de la sociedad, basada sólo en intereses e instrumentalidad, sino en el de una sociedad o comunidad nacional con mayor cohesión social, donde haya capacidad, en cierto grado, de ceder a consideraciones de bien común. Generar bienes relacionales en la política democrática supone abandonar un énfasis absoluto, como ocurre actualmente, en el mercadeo político y la captura mediática ,en beneficio de una política de convicciones, de sinceridad y realismo político, evitando en la mayor medida de lo posible la desconfianza social, la enemistad en las relaciones personales ,y la polarización extrema.

Humanizar la sociedad civil supone, en primer lugar, darle mayor vitalidad, sustraerla de cualquier grado de colonización economicista, politizadora o de sectarismo ideológico, poniendo en el centro las personas y los sujetos colectivos dotados de libertad y autonomía, que generen incesantemente bienes relacionales. Ello puede ocurrir en las familias, comunidades de fe, unidades vecinales y comunales, comunidades educativas, universidades, centros de salud, organizaciones culturales, gremios profesionales y sindicatos, por ejemplo. Estas instituciones pueden recuperar confianza social y constituirse en agentes claves de humanización relacional.

Humanizar el sistema cultural de la sociedad significa ,junto con valorizar las identidades y pertenencias culturales y religiosas, una coexistencia intercultural y fraterna en la diversidad.

La deshumanización implícita en la incompatibilidad tardomoderna se ha expresado en fenómenos tales como el hiperfuncionalismo tecnológico digital, el subjetivismo individualista, el egoísmo grupal, y el intento de imponer coactivamente un minimalismo cultural y valórico con ideologías secularistas militantes o con ensayos multiculturales fracasados, de tolerancia indiferente. Estos fenómenos han generado consecuencias negativas para la vida social: mayor desvinculación y restricciones al conocimiento sobre las demás personas y realidades sociales. Tampoco han servido para prevenir, moderar o impedir la creciente guerra cultural y valórica que ha emergido en el interior de las sociedades occidentales.

En cambio, humanizar el sistema cultural de la sociedad exige valorizar las identidades culturales, de creencias y valores, el "mundo común" referido por Hannah Arendt que no sólo condiciona y sirve de guía a las personas ,sino que también es condición para que cada persona pueda desplegar su propia existencia y libertad. En vez de la falsa disyuntiva entre "guerra cultural y valórica" o "minimalismo represión cultural y valórica", humanizar la cultura supone una transformación sistémica que, junto con destacar la importancia de los elementos culturales y religiosos recibidos en toda sociedad cuya diversidad es un hecho social-favorezca la racionalidad intercultural, basada en una lógica de inclusión relacional y en el principio de igualdad de las personas como seres humanos.

Tanto la reflexividad de las personas como una nueva reflexividad colectiva pueden ser capaces de generar razones más profundas para enraizar los valores finales en un terreno común sólido. Una racionalidad que es capaz de cruzar a todos los sectores culturales es aquélla que deriva de la pertenencia común en la naturaleza humana, respecto de la cual las personas y grupos distinguen sus propias identidades. La racionalidad intercultural serviría para cimentar la revinculación y relacionalidad social sobre razones ancladas en la dignidad humana, en los bienes básicos de la naturaleza comín de las personas, sin afectar la libertad de éstas.

Para humanizar plenamente la sociedad, en estos tiempos finales del ciclo global de mercado, democracias electorales y sociedades individualistas ,no es suficiente la elaboración y materialización sistémica de nuevas condiciones estructurales y culturales, aunque éstas incorporen una articulación suprafuncional y ética ,basada en el bien común. Hace falta reintroducir el crecimiento de las personas, que son el alfa y el omega de las sociedades.

Como la sociedad pierde consistencia si falta la integración social, y ésta última es inseparable del crecimiento humano, personal y relacional, de quienes la habitan ,la articulación de esta consistencia social es un desafío permanente. La humanización y revinculación social estarán siempre sujetas a actividades contingentes(no necesarias) en el plano de los sujetos o personas que habitan en la sociedad. Dependerá de la libertad-condicionada-de la agencia humana(cuya guía para la acción, como sabemos, siempre tendrá algún componente cultural o ético). La articulación ética de la sociedad dependerá entonces del ejercicio de esta libertad humana. Por mucho que ella esté con

dicionada por estructuras y culturas generadas por otras personas y en otros tiempos históricos, las sociedades siempre presentan oportunidades y alternativas de acción a las personas, que éstas aprovechan o ejercen en diferentes sentidos, haciendo uso de su libertad.

En consecuencia, humanizar la sociedad, revincularla internamente y lograr una mayor integración social, no podrá ser sólo el resultado de la implantación empírica de un ideal sistémico estructural y cultural, o de un proyecto elaborado intelectualmente en la transición social o a fines del actual ciclo histórico ,en espera de ser ensayado o aplicado. Esto porque el funcionamiento de la economía ,la política, la sociedad civil y de las comunicaciones, depende de la valoración y del actuar ético de las personas dentro de la coexistencia social. Formas meramente funcionales de articulación social, que absoluticen los conectores de la economía, del poder político,o de un pretendido hegemonismo cultural, acaban por limitar o degradar no sólo la libertad y dignidad humana, sino también la capacidad de tener una sociedad más humanizada e integrada.

La disponibilidad humana de oportunidades y alternativas, que incluye la construcción de identidades y luego reflexivamente los proyectos vitales, que las personas ejercen con libertad, supone en las personas una serie de opciones que tienen que ver con las de otros, debiendo la sociedad articular éticamente-para el bien común y de cada persona las alternativas de todos, porque están entrelazadas en la sociedad.

Resulta necesario entonces compatibilizar la transformación humanizante de las condiciones sistémicas con el crecimiento personal. Sobre esto último conviene destacar el proceso de crecimiento de los sujetos hacia su plenitud como personas relacionales. En ello, la antropología filosófica de Polo aporta una clave importante. El proceso de crecimiento de los individuos puede entenderse como un proceso de tres fases: la del sí mismo, la del yo ,y aquélla de la persona. La persona no es sólo un centro sino una capacidad de centrarse, de darse sin perderse, y en la etapa de la persona el sujeto es capaz de disponer de sí mismo, de trascender, de ser un individuo que se destina y que ,al hacerlo, puede integrarse de una manera correcta en la forma de aportación a la sociedad circundante. De esta manera, existe una continuidad entre el crecimiento humano en las personas y la humanización del sistema social.

Los bienes humanos básicos para una vida lograda, que entre otros incluyen

la pertenencia y amor social, constituyen una finalidad para los individuos :su crecimiento humano como personas. Este crecimiento personal se facilita cuando existe condiciones estructurales y culturales favorables para ello, pero las características sistémicas-no pueden garantizar que todos los individuos logren el crecimiento personal,en razón de factores de contingencia y libertad humana. Aquí también inciden el desarrollo o no de las virtudes personales, y las realidades más luminosas o más oscuras de los sujetos, aquellos caminos individuales y colectivos que son constructivos o destructivos para las personas y la sociedad.

El camino central de humanización social, alejado de individualismos y populismos, significa no sólo la vigencia social del principio de dignidad de toda persona humana,tampoco la mera proclamación y aplicación de derechos humanos,sino también una mejora de sus estructuras y cultura para generar en éstas bienes humanos relacionales. Esto es,con las demás personas en las relaciones intersubjetivas-partiendo por sus familias, por las comunidades más próximas y de sentido, y en la variedad de sujetos colectivos de la sociedad civil, en las relaciones espirituales o trascendentales que libremente desarrollan las personas,en las relaciones con el mundo práctico del trabajo y de la técnica,y en las relaciones con el medio ambiente que nos rodea,entre otras.

Tales transformaciones estructurales y culturales, que apuntan hacia una sociedad de bien común, necesitan ir acompañadas por la generación de condiciones para el crecimiento personal de todos,incluyendo en este último la amistad o fraternidad social.